

175 VELITAS...

(Viene de la pág. anterior)

excesivo; pasará a ser oficial del mismo Ministerio; había ocupado antes bajo Alvear la Dirección de Correos, y por último encontrará su lugar, en este momento en que el proyecto de Biblioteca Pública de Dámaso Larrañaga y los diversos esfuerzos para desarrollar la educación, muestran el afán de crear una nueva sociedad, en la Casa de Comedias.

El 30 de enero de 1816 se estrena su "unipersonal" *Senfimenos* de un patriota que luego se llamará de un patriota (en lo cual se opondría desde el 16 a la terminología de Real de Azúa), con lo cual se constituye en el primer dramaturgo de la patria, y, como premio a tal hazaña, (¡oh épocas!) de inmediato se le nombra director del teatro. La Casa de Comedias que había sido creada por Manuel Cipriano de Melo "para divertir los ánimos de los habitantes de este pueblo que podrían padecer alguna quiebra en su fidelidad, con motivo de la libertad que había adoptado la República Francesa", se llena de un público que descubre un acento insolito sobre los escenarios cuando al levantarse el telón sobre un bosque ve salir a un oficial con espuelas, sable y látigo, y declamar:

¡Oh, Patria! ¡oh Patria! ¿A su sagrado nombre
quién resistir podrá? ¿Quién indolente
verá que los tiranos hoy tu seno
rasgan atroces, manchan insolentes?

El pobre don Manuel Cipriano de Melo debió sentirse como la sepultura oyendo en su teatro, cómo se intensificaba la devoción realista, esta voz: "De Libertad el grito hiende el aire".

★ ¿Hasta cuándo?

Pero ya se aproxima Lecor. Hidalgo pondrá sal y energía en la voz de los patriotas que se le enfrentan, solos.

"El portugués con afán// dicen que viene bufando./ Saldrá la suya cuando/ veña o Rey Don Sebastián'. Pero Lecor avanza. Derrota tras derrota sufren las tropas artiguistas. Lecor avanza. "Ellos traen facas brillantes/ espingardas muy lucidas/ bigoteiras reforcidas/ y buriqueiros bufantes". No hay ayuda portefaña, no hay ayuda de los comerciantes, no hay ayuda de los propios jefes patriotas. Lecor avanza. "Cielito, cielo que sí./ Es inmutable verdad./ que todo se desconcierta/ faltando la humanidad". Artigas marcha al norte y sólo lo acompañan los indios, de quienes se despiden en la frontera paraguaya. Lecor entra en Montevideo. Se ha terminado la heroicidad y comienza la ignominia nacional, el reino del sarao y de los títulos, el esplendor del teatro, el genuflexo Club del Barón de la Laguna con algunos nombres conocidos: Dámaso Larrañaga, Rivera, Liambi.

—¿Y tú qué haces Hidalgo? Hay que vivir, no tengo dinero, tengo que atender a mi madre, tengo estos problemas con mi cuñado y con mi hermana, hay que vivir. Ya no eres director, eres simple censor de la Casa de Comedias. Lecor aprieta pero no ahoga. Sí, soy censor, hay que vivir, hay que cuidar el teatro, que pongan sobre el escenario el retrato del emperador, que se enciendan todas las luces, que se levante el telón, que juremos fidelidad, hay que vivir, hay que tachar de los textos toda alusión al pasado, no hablar de Artigas, no usar la palabra patria ¿Hasta cuándo Hidalgo? Hay que vivir, ellos reciben títulos, empleos, qué bien visten, cuántas fiestas para ellos

solos. Pero a tí no te invitan, tú eres el "mulatillo Hidalgo". ¿Hasta cuándo?

A comienzos de 1818 cruza el río para no volver más. Ese fue su hastacuerdo; hasta el límite de la dignidad nacional. El exilio, un casamiento que al fin pone un cierto orden a su vida, el agravamiento de su enfermedad, la muerte el 23 de noviembre de 1822. Pero antes de este fin, la posibilidad de cantar de nuevo, de usar la palabra Patria con mayúscula, y la palabra Libertad, con mayúscula, y cantar al "Triunfo de Lima y el Callao" y de lamentarse de la desunión de los pueblos del Río de la Plata, y crear sus piezas más maduras, las que explican que hoy festejamos su 175 aniversario: el "Diálogo patriótico interesante", y el "Nuevo diálogo patriótico", la "Relación" de las fiestas mayas de 1822.

Aquí domina su instrumento, reencuentra desde una óptica más calma a sus personajes gauchescos, sienta firmemente su ideario democrático, en sentido de la justicia y del derecho del pueblo, hace del habla popular un conductor feliz de la invención poética, establece las bases de una auténtica poesía cuyo arrojado cívico va junto a la frescura del lirismo, a la verdad limpia, nueva, recién creada, de la poesía uruguaya.

Salvo Florencio Sánchez, no hubo en el país ningún otro escritor, que estuviera tan honda y legítimamente metido en la entraña de la nacionalidad oriental, ayer como hoy, y aquí y ahora.

—Esta nota debe mucho a diversos libros y papeles, pero debe más a los trabajos de Francisco Bauzá, Martiniano Leguizamón, Mario Falcao Espalter, Setembrino Pereda, Gustavo Gallinat y Lauro Ayestarán. Y a los consejos de mi amigo Antonio Praderio, de quien esperamos la edición definitiva de las obras de Hidalgo, y a quien ofrezco estas páginas. — A. R.